

Aneta, 88 Navidad

Eso es todo. La nieve cayó a noche. Esta mañana, mientras abría las persianas, Aneta sonrió. Luego su mirada se perdió durante unos minutos, mientras que la punta de su dedo tocó las estrellas de escarcha en el alféizar de la ventana. Hace frío, pero no siente el frío. Ella siempre ha vivido aquí en las montañas durante los últimos 88 años, y los inviernos han tenido maravillosos recuerdos de ella. Están muy lejos.

Dejando la ventana entreabierta, se desliza suavemente hacia su cocina y prepara un pequeño cuenco para los pájaros. Ella también lo ha hecho. Pequeños tesoros que te hacen sonreír, incluso cuando en el fondo, no tienes ganas. Dejo un trozo de mantequilla y migas de pan en la taza y vuelve a alimentar a sus fieles amigos con plumaje bien provisto.

Después de eso, es un día que comienza de nuevo. Aneta se acostumbró. Ella tiene sus hábitos, sus marcadores, sus pequeñas modas. Su rincón de lectura, su tejido de punto sentada en su sillón dorado, sus programas de televisión, el vecino que pasa para ayudarla a recuperarse madera, porque ya no puede hacerlo por su cuenta.

Y un poco más abajo en la esquina de la carretera, una familia se mudó el año pasado. ¡Hay vida ahí dentro! pensó Aneta. Desde lejos, le molesta un poco. Pero en el fondo, ella los envidia. Ella los mira, de vez en cuando, detrás de su baldosa. Estos momentos llenan unos minutos de su día, cuando están allí. Porque a menudo no hay nadie. La gente tiene su vida, baja al valle a trabajar y los niños van a la escuela. A noche, llegaron a casa con bolsas cargadas y un gran árbol. ¡Y ahí, sorpresa! En su comedor, lo instalaron justo en frente de su ventanal, así como la anciana puede verlo parpadeando. Una forma de magia de nuevo encontrada. Las imágenes vuelven a ella y aprietan su corazón. Eso está muy lejos.

Al igual que muchas otras personas de su edad, Aneta vive sola, y sus hijos no vienen a menudo. Así es, como ella dice.

Así que se prepara, porque la hija de una amiga va a llevarla de compras. Es Stephanie, su nombre de pila. Ella es una buena chica, servicial y amable, que por lo general hace las compras para la anciana. Pero esta vez, van juntos. Aneta se alegra, porque ella le da la conversación durante el viaje, y en el camino de regreso, la ayudase ordenará. Tal vez pueda conservarla durante media hora para tomar el té. Pero pasará tan rápido ... Stephanie tiene su familia y otros proyectos, así que correrá.

Mientras tanto, Aneta reúne sus cosas, lista para el paseo del año. Sus bolsos, sus guantes, su billetera, su enorme bufanda a cuadros, su gorra de lana y luego su máscara. No lo olvides, dijeron en la tele. Cuando sale al rellano, la dama se pone la máscara lo mejor que puede. Sus manos son febriles, y están las ramas de sus gafas que molestan, luego su pelo que la gorra se pliega. Stephanie llega y la ayuda a ponerse la máscara correctamente. Ella también tiene la suya. Ambos sonríen, pero sus sonrisas no se pueden ver. Se ven muy duro a los ojos, eso es todo lo que queda. Antes, Stephanie la besaba poniendo sus cálidas manos sobre sus hombros. Pero ahora no podemos. Así es, piensa Aneta.

En el coche, hablan entre ellas, pero Aneta no tiene mucha voz, y con el sonido del motor, Stephanie hace que repita. La anciana parece ahogarse regularmente cuando habla, porque su aliento caliente vuelve a su boca. No respira bien. Así que ella prefiere dejar de hablar a Stephanie, porque es demasiado penoso, y es empañarse en sus gafas, no puede ver nada. Aguza el oído y escucha a Stephanie asintiendo con la cabeza. Eso es todo lo que queda.

A través de su visión borrosa, distingue el paisaje y recuerda los kilómetros que recorrió cuando era más valiente, otra vez. Una brecha que separa esta vida de antes a la de hoy. Es un mundo con patas arriba. La gente se ha vuelto loca. Hay demasiadas cosas que hacer, tener, entender. Ya no reconoce nada. En su época, era más simple, y éramos felices, simplemente.

En el supermercado, Aneta se mueve lentamente. EL vaho de sus anteojos ha vuelto, no puede ver los rayos. Stephanie se apiada de la pobre anciana y le da un pañuelo para limpiarse los anteojos. A la joven le gusta la amiga de su madre, pero tiene prisa y preferiría terminar estas carreras lo antes posible. Por su parte, Aneta parece estar reviviendo un poco en la tienda. El mundo, la animación, la emoción, incluso los gritos de los niños son bienvenidos, es tan agradable. Antes, le encantaba, estar con la gente, y charlar, compartir tiempo, hablar en voz alta...

Más tarde, cuando regrese, esta apariencia de vida la dejará de nuevo. Porque en su casa, sólo hay televisión o música, para hacerle compañía. Le dijeron: "Toma un gato". Pero cuando muera, ¿quién cuidará del gato? No, es demasiado complicado.

El tic tac del reloj nunca se detiene, a pesar de que siente que dejó de vivir hace mucho tiempo. Ya que nadie viene. Y es aún peor desde esta primavera, con el virus. Llamó a su puerta para decirle que nunca volverá a ver a sus hijos o nietos. Que sus amigas, que también estaban aisladas en sus casas, ya no vendrían a beber té o charlar. Que ya no debería salir porque era demasiado peligroso. Así que ella acepta todo eso, sin protestar. ¿Qué puedo hacer? A mi edad, pensó...

Afuera, el virus mata a la gente, como dicen en la televisión. Aneta lleva diez meses en casa. Sola. Salió hoy porque el desconfinamiento fue levantado brevemente justo antes de las vacaciones, para que la gente pudiera hacer compras navideñas. Fue un regalo, para Aneta, un verdadero regalo. Incluso si la gente no la mira, no habla con ella, no se preocupa por ella, los ojos de Aneta brillaban en la tienda hoy. Al otro lado de la máscara, todos estos colores, estos olores, estas voces, el contacto de la gente, incluso a un metro de distancia, ella los sentía en vivo... ella los sintió vivir, y ella tomó un poco de sus vidas para resucitar a sí misma. Ella deliberadamente pasó el rato entre las estantes para disfrutarlo todo, a pesar de que Stephanie la estaba presionando. Para la anciana, eso es todo lo que queda como el mejor recuerdo, este año.

Así que en casa, Aneta se despidió de Stephanie, y cuando cerró su puerta, lloró, detrás de sus anteojos llenos de vaho. La vida la mató. Ella no contrapó el virus, no, porque cumplió con todas las instrucciones. Estaba encerrada.

Ella no contrapó el virus. Está perfectamente sana. Pero esta noche es Navidad, y al otro lado de la calle de su casa, en la casa de abajo, la familia está celebrando, detrás del ventanal.

Aneta está viva, sí, pero muere lentamente, de soledad.

La vida es sagrada. Proteger la vida es prevenir enfermedades, pero también está evitando la locura y la sensación de desaparecer a los ojos de todo el mundo. Aneta hubiera preferido vivir este año.

Pero el virus la mató.

Los ángeles de nuestro campo tararean al oído de la anciana que se queda dormida rodeada de oro y blanco, este 25 de diciembre de 2020, a las 3:06 p.m.

A su alrededor, hay gente. Ella lo sabía. No podía terminar así, el año 2020. Había orado a los ángeles y pidió ayuda para dejar este sueño maligno.

Y funcionó. Habían venido, con flores y comida. No dijeron nada. Esa fue la sorpresa.

Aneta duerme las siestas en el sillón dorado donde le gusta tejer. En la alfombra de su lado, dos niñas vestidas de blanco y rojo se divierten con las bolas de colores. En la mesa, los adultos arreglan el mundo y se ríen mientras beben champán. Cuatro chicos mayores corren hacia el comedor gritando, y tres adolescentes están afuera, en trineo en el campo.

En la cara abierta y radiante de Aneta, surge una sonrisa tranquila. Está descansando. Todos piensan que se durmió, pero ella escucha. Ella escucha todo... ella escucha la vida.

Nathalie-Nell Grand-Duc